BOLETÍN

DE LA

REAL ACADEMIA GALLEGA

Año VI | *Coruña 20 de Marzo de 1911* | Núm. 44

SECCIÓN OFICIAL

DISCURSOS LEÍDOS EN LA SOLEMNE SESIÓN DEL 17 DE NOVIEMBRE DE 1910 CELEBRADA EN VIGO PARA LA RECEPCIÓN DE ACADÉMICO DE NÚMERO DEL EXCMO. SR. D. ADRIANO LÓPEZ MORILLO

UN DOCUMENTO HISTÓRICO POCO CONOCIDO

POR EL

Excmo. Sr. D. Adriano López Morillo

SEÑORES ACADÉMICOS:

No se como expresaros mi reconocimiento y gratitud, por la inmerecida honra de que me habeis hecho objeto, al elegirme miembro de la Real Academia Gallega. Todavía espero que vuestra generosidad, vaya más allá de todo límite, otorgando benévola acogida al modesto trabajo que voy á tener la honra de leer en este momento y cuya labor, fuera de algunos conceptos míos, está sujeta, como vereis, á la narración de hechos rigurosamente históricos.

Procuraré ser breve para no cansaros ni separarme de lo que la práctica dicta en estos casos, pero cumpliendo con el precepto preconizado en nuestro Reglamento. Antes debo deciros, que no se como será provechosa mi colaboración, en esta competente Corporación y

debo confesaros con toda ingenuidad que, al posesionarme del sitial que me habeis designado, me siento seriamente contrariado, ante el temor de que por mi incompetencia, no resulte mi ayuda tan eficaz como grandes son mis alientos, respondiendo así mal á vuestra confianza y propósitos. Empero, debo deciros con franca sinceridad, que con la alta distinción que tan espontáneamente me habeis otorgado, me encuentro aquí como en mi propia casa, entre los míos y fortalecido con vuestro contacto, porque el hombre aislado es una manifiesta abstracción, y vuestra meritísima labor me servirá de acicate y provechoso estímulo para ejercitar mis facultades en pró de la finalidad de este centro y de la cultura general en Galicia. Contad, que yo jamás olvido aquel conminatorio apotegma: "Quien no espera vencer está vencido».

Con entusiastas anhelos acudo diligente á vuestro llamamiento y gustoso lleno el deber que tengo de recordar aquí la imperecedera memoria, del que fué prestigioso Académico de número D. José Ojea, cuya vacante inmerecidamente vengo á ocupar, por vuestro beneplácito y elección.

Al reseñar, siquiera brevemente, los méritos y grandes cualidades que le adornaban, no se me ocultan las dificultades que ofrece el trazar la semblanza de un hombre de tan alto valer intelectual y moral, ni debo olvidar aquella regla que Quintiliano establecía para juzgar á los hombres que se hicieron acreedores á la pública estimación, por sus talentos y sus virtudes.

Su muerte, representa una gran pérdida para esta Academia y para las letras pátrias. Para el que tiene en este momento el honor de dirigiros la palabra, el ¡á Dios! eterno de un amigo del alma á quien jamás podrá olvidar. Su recuerdo de tal manera embarga en este momento mis facultades, que dudo si conservaré bastante serenidad de juicio, para exponeros en toda su realidad, el retrato intelectual y psicológico de Ojea; dudo si en asunto que tanto me afecta, podré fijar bien el sendero por donde voy á dejar correr las ideas, acaso un poco vagas y quizás algo desconcertadas como improvisadas por el afecto y como cuanto mueve el sentimiento á una fácil explosión, necesitada de vuestra benévolencia.

Como ofrenda, que piadosamente deposito en el altar consagrado por sus admiradores á la memoria de Ojea, permitidme que evoque el recuerdo, no solo del insigne académico y cultísimo hijo de esta región, sino también del prosista galano, fluído, correctísimo, apasionado y vehemente como un convencional; artista delicado como un

heleno; buen ciudadano; integérrimo; caballeroso; tierno como un niño; bueno y cariñoso; de amplio criterio; de vasta ilustración; amigo bondadoso y lealísimo jefe de hogar. A estas condiciones, cualidades y virtudes, tendremos que agregar que Ojea era un profundo pensador, un observador atento y uno de los hijos mas cultos y entusiastas de esta para nosotros idolatrada tierra.

Ojea estaba dotado de una alta fijeza de criterio político, pero sin el sectarismo, ni intransigencias de partido, demostrando en esto, como en todo, su elevada inteligencia y su dulce é indulgente carácter. No vivió de la política, á pesar de que representó en el Congreso á un distrito de la provincia de Orense, su país natal. Republicano, Ojea, desde que empezó á ejercitar su razón, mantúvose siempre fiel á sus ideales, aún después de la caída de la República, desechando los ruegos y gestiones de amigos cariñosos y prestigiosos, que intentaron varias veces llevarlo al campo de la Monarquía. Ojea era un carácter á pesar de su modestia y de su dulce trato, y murió leal á la bandera política que siempre le había servido de enseña y demócrata convencido é impenitente como lo había sido toda su vida. Ojea, como todos los pensadores, era á ratos soñador, pero siempre demostrando que cumplía una alta misión, escribiendo sobre la vida local de Galicia. De mi se decir que en ningún otro autor, de los que dedicaron su pluma á darnos á conocer las cosas y la manera de ser del campesino gallego, he creído encontrar el relieve que avalora y engrandece las obras de mi amigo, en las cuales podemos admirar la visión grandiosa de la Naturaleza en todo su esplendor, revelándonos los más típicos cuadros de la vida real y la palabra generosa, limpia y levantada que arroja luz brillantísima, sobre la semblanza del alma gallega.

El Mundo Rural con sus cuadros de perfecta realidad, nada anedócticos, será por siempre un libro que inmotalizará su memoria. ¡Cuántos tíos Fabianes podríamos encontrar hoy entre la turba de usureros, que se enriquecen con los desgraciados que á ellos acuden! En cambio, nos sería también fácil hallar, entre nuestro clero rural, almas piadosas como la del virtuoso abad D. Andrés María de la Purísima Concepción, típica figura hábilmente elegida por Ojea y que de manera tan edificante y conmovedora campea en el realista cuadro *Canción de la Miseria.*

Célticos es otra de las obras que caracterizan y avaloran su ilustre personalidad, como literato y como cuentista. La leyenda imaginativa constituye el nervio de este bellísimo libro y en ella Ojea,

ejercita su acerada crítica contra la superstición, ese mal que bajo diferentes formas y variados aspectos, extravía al vulgo ignorante de todos los países de la tierra, tanto en los más cultos, como en los más atrasados.

Así pues, el nombre del ilustre orensano, cuyo recuerdo evocamos en este solemne momento, servirá siempre para recordarnos la generosidad, la virtud, los elevados ideales y el culto à la Patria.

Ninguno le superamos en su fé inquebrantable y su entusiasmo por Galicia. Muerto, no es una fuerza perdida para el progreso pues nos deja sus obras y su ejemplo. El claro que abrió en las filas de los que luchan por el progreso, lo llenará pronto una nueva legión, que tendrá siempre presente la honradez, los talentos y el amor de Ojea á los principios ámplios y altruistas de la actual mentalidad española.

* * *

Español ante todo; poniendo sobre las demás cosas la patria grande y la bandera nacional, rindo culto ferviente á la región en que nací; la amo tan intensamente, que solo así creo que responde mi corazón á mis deberes como gallego. Pero estos amores que atesoramos todos los que hemos nacido en este confín de la Península Ibérica, no son por si solos bastante eficientes para elaborar el intelecto de esta región, si en el campo del esfuerzo, del pensamiento, de la investigación y del estudio, no trabajamos todos con espíritu infatigable, con presencia serena, con fé, y con firme esperanza en el glorioso porvenir que le está reservado al pueblo gallego.

Amar á la patria y á la región en que hemos visto la luz y amarlas con desprendimiento de cualquier interés personal, es realizar, en una buena parte ya, el ideal acariciado por los más ardientes patriotas, esto es, establecer el imperio de la ley de amor sobre las propensiones particulares del hombre, y creando centros de saber y de cultura es conducirlo por el camino del perfeccionamiento á los más altos fines de la vida.

Respondiendo á este propósito y necesidad, la Real Academia Gallega, vino con su creación á llenar un gran vacío en esta región, no solo para laborar el léxico de su dulce habla, sino también para extender una acción bienhechora y provechosa, abarcando y realizando estudios sobre la Historiografía de Galicia y su Etnografía, Arqueología, Heráldica, Numismática, Filología y Paleografía, como lo demuestran la suma de importantes trabajos, realizados por los

señores académicos y de los cuales muchos han visto ya la luz en nuestro Boletín oficial.

No pertenezco al mundo de los escépticos. La falta de fé en los destinos humanos, es como falta de amor; infecunda y dañosa. Debebos creer en la justicia y el progreso en todas sus manifestaciones, aunque parezca que algunas veces sufre pasajero y parcial eclipse. Como promesa de perfeccionamiento inagotable, envuelve á la humanidad un cielo, no exento de nubes, y el camino á recorrer, no pocas veces se presenta duro y peligroso. Cuanto mayor sea el obstáculo, más gloria habrá en removerlo. La realidad se impone siempre, con una fuerza tal que, en vez de sublevarnos como facciosos, debemos encontrarnos preparados á recibirla como amigos.

* * *

Desobra sabeis que la historiografía ha sido, desde sus primitivos tiempos, manifiesta acumulación de hechos fabulosos, á la vez que narrativas descripciones de guerras y biografías de los personajes, que más ó menos influyeron en los anales de su tiempo. Mi inteligente y malogrado amigo, el catedrático y miembro de esta Real Academia Gallega, D. Ramón L. de Vicuña, decia "Durante siglos los historia»dores propusiéronse mas deleitar que instruir„. Hoy escribese de manera distinta y ya Carlyle no podria decir como en su tiempo, que «Toda la historia de lo que el hombre ha hecho en este mundo, no es »en suma, más que la historia de los grandes hombres„. Hoy se da toda la preferencia á la sociedad, no dejando que el sujeto la absorva apareciendo él, como el objeto principal; evitándose así que los hechos externos se impongan á los internos, quedando estos preteridos y sin estudiar. El rumbo que siguen los modernos historiadores es otro, pues aunque estudian los hechos de los personajes, que deban figurar en los fastos históricos, analizan las fases de la evolución en las múltiples manifestaciones de los tres grandes principios que se descubren en los anales humanos, el sujeto, el objeto y el fin.

Por eso, una alta personalidad de la cátedra, del foro y del parlamento español, D. Gumersindo Azcárate, admirado de que haya quien niegue el caracter científico que hoy tiene la historia, exclama en su luminoso discurso de recepción en la Real Academia de la Historia: "Pero es por todo extremo extraño, que en los tiempos que „corren, cuando el positivismo dominante declara que el hecho es lo „único conoscible, que los principios y las escuelas no tienen reali-

„dad; cuando el profesor Klint señala como característica de nuestra „época, la doble tendencia de las ciencias á hacerse históricas, y de „la historia á hacerse científica, es muy extraño, repito, que se ponga „en duda que sea una ciencia esta, porque si no nos es dado conocer „otra cosa que los hechos, y estos constituyen el objeto de la historia, „resultaria no cabe conocer científicamente cosa alguna.

„Las ciencias históricas,—prosigue el ilustre pensador,—se propo- „nen conocer los hechos los cuales son expresión de la naturaleza del „ser de quien se trata, siendo cada uno concreto, determinado y dis- „tinto. De ahí que la Historia en la integridad de su concepto, tiene „que hacer tres cosas: recoger los hechos, ordenarlos y explicarlos, „tarea que por virtud de una aplicación del principio de división del „trabajo, se distribuye entre los que á ella se consagran„.

Los sucesos tienen que ser siempre estudiados con gran profundidad, y si en poesía debemos ser veraces, con cuanta mayor razón debe la verdad resplandecer en la Historia, ya sea en la narrativa exposición de los hechos, como en la parte pintoresca al tratar de los personajes, así de las grandes, como de las mediócres figuras que deben aparecer en el gran teatro mundial que, á través de las edades, fué y será siempre el escenario humano.

Científica y sociológicamente, tenemos que considerar que los acontecimientos nos envuelven y nos empujan aún contra nuestra propia voluntad, cada hecho ocupa un lugar en la cadena de la vida intelectual y colectiva, son un fenómeno inevitable que, teniendo su orígen en un suceso anterior, engendra otro subsiguiente.

* * *

Perdonad si repito "que los sucesos tienen que ser siempre estu- „diados con gran profundidad„ investigando detenidamente las fuentes objetivas ó sea las *fuentes históricas*, por ser los testimonios que acreditan los hechos, tales, como las tradiciones, los monumentos y las narraciones escritas, estas tienen mas importancia que las anteriores fuentes, porque consignan los sucesos y así arrojan más luz, proporcionando la labor casi hecha al historiador, al que únicamente le queda ya, apreciar filosóficamente el valor de la narración y depurarla en un detenido juicio crítico. Narrar es sencillísimo, pero no incurrir en error para no enturbiar las fuentes históricas, es labor á que muchos historiadores, no han dedicado el cuidado y escrupulosidad investigadora, que su augusto trabajo les imponía.

De todos los géneros históricos, ninguno, á excepción del religioso, fascina tanto como el militar, por lo mucho que interesa y porque no necesita conocimientos previos, como las cuestiones de Arte, de Filosofía y de Ciencias. La guerra es un drama terrible, que enardece el corazón del lector y nos conmueve profundamente. Nada más emocionante y que más exalte la imaginación, que el relato de las acciones heroicas de nuestros antepasados, es un SINTOISMO de que todos los pueblos de la tierra se hallan poseídos, cuando examinan los sacrificios llevados á cabo por sus padres para defender la libertad ó el intangible suelo de la patria.

Los heroismos, diga lo que quiera Volney, cuando llama á la historia "cuadros fantásticos„ forman la conciencia de los hombres de la vida pasada, como guía y dato para la presente, porque el hombre y el escenario son siempre los mismos, los nombres y los medios son los que cambian según los tiempos "Al ver vacilantes los tronos, „—dice Mr. Thiers—en el séno de las asambleas conmovidas, por la voz „poderosa de los tribunos ó amenazados por la multitud, siempre he „tenido un momento para reflexionar; y no veía á tal ó cual personaje „con uno de los nombres de nuestrá época, sinó las eternas figuras „de todos los tiempos y de todas las épocas que en Atenas, Roma y „Florencia, obraron en otras épocas parecidas á la que veía moverse „ante mi„.

* * *

Los cinco meses de sangriento pelear en Galicia, contra las aguerridas huestes del imperio francés, constituyeron una de las más gloriosas epopeyas de las luchas humanas, cuyos anales y exactitud estamos todavía depurando. Quedan por conocer y publicar muchos, y acaso muy interesantes, testimonios, necesarios para escribir acerca de ese lapso de tiempo, un cuerpo histórico lo más completo y que comprenda los fastos y sucesos de 1808 á 1814. Abordar con éxito tan grandioso resultado, sería no solo prestar á la historia general de España un positivo servicio, sino también aumentar la bibliografía regional, con un libro que bien podríamos llamar de familia, y de que hoy carecemos por que hasta ahora como sabeis, no se ha publicado nada completo sobre asunto de tan capital interés para Galicia, solo fragmentariamente conocemos los altos hechos y sacrificios de nuestros abuelos. Dar á la publicidad aquellos cruentos episodios, en que los aldeanos gallegos respondieron iracundos, á la guerra de ex-

terminio que les hacian los franceses, con la guerra sin cuartel, sería legar á las venideras generaciones, el más elocuente monumento de gloria para las actuales y el grato conocimiento de grandes hechos que imitar. La piedra angular para tan magna obra debe ser el resultado—por cierto brillante—del Certamen Histórico celebrado en Santiago en el año anterior. El número é importancia de los temas premiados, contienen precioso y abundoso material para poder escribir la *Historia de la Guerra de la Independencia en Galicia.*

* * *

En esta Historia tenemos que incluir una inmarcesible página, gloriosa y de refulgentes destellos épicos, escrita con la sangre de los valientes soldados de la vieja Inglaterra, en las ya históricas alturas de Palavea, Peñasquedo y aldea de Elviña. Lugares cuyo exterior ha cambiado mucho, desde aquella sangrienta epopeya, pero todavía la tradición, señala el punto en que el valeroso general británico Sir John Moore, cayó herido de muerte por un proyectil de á cuatro, de los cañones que protegian el avance y empuje de la división francesa de Delaborde.

Dice James Moore, hermano del bravo caudillo británico: "El „general avanzó hasta el regimiento núm. 50, que mandaban los ma„yores Napier y Estanhope, que ganaron un cercado á su frente „cargando con la mayor bizarría. El general, admirado de tanto „valor, exclamó del mismo modo: *¡Muy bien el 50¡ ¡Muy bien mis ma„yores!....* Enseguida se trasladó al puesto del 42—en la misma línea— „y le dirigió esta frase: *¡Higlanders, acordáos de Egipto!*, abalanzá„ronse ellos fieramente, echando por delante á los franceses hasta que „los detuvo un muro. Sir John Moore los acompañó en la carga y „dijo á sus soldados, *que quedaba muy satisfecho de su conducta.*»

En aquel momento llega el mariscal Soult al campo de batalla y de un certero golpe de vista, se apercibe que el éxito depende de la posesión de Elviña y al momento dispone que dos batallones del segundo regimiento suizo, bajen de Palavea y apoyen al 31, al 122 y al 47 que acababan de ser arrojados de Elviña. Observa Moore el nuevo ataque que preparan los imperiales, amenazando envolver la izquierda británica, y ordena entonces al valiente regimiento núm. 4, que era el más adelantado, efectúe un cambio de frente, rehusando su ala izquierda y rompa el fuego enseguida. El movimiento se realiza con tal precisión y aplomo, que causa el asombro de cuantos lo contem-

plan. Queda el regimiento formando un ángulo sumamente obtuso, con lo que las caras dan frente al enemigo y lo cierran en un limitado sector en donde lo acribillan, con un nutrido fuego de tres filas, que obliga á los soldados de Soult á retroceder con grandes pérdidas. Entusiasmado Sir John Moore, dice: «*Esto es precisamente lo que deseaba que se hiciese.*»

En este momento se le ve caer del caballo y se arrojan á auxiliarlo el coronel Grahan, el capitán Hardinge y un soldado del 42, que lo cogen en brazos para retirarlo al abrigo de una tapia, pues el fuego en aquel instante era muy violento. El heroico caudillo inglés fué conducido en una manta á la Coruña y colocado en la casa número 13 del Cantón Grande, en la cual, á las pocas horas, exhaló su último suspiro demostrando su gran temple de alma y su amor á Inglaterra, no olvidando en aquel terrible desenlace, que estoicamente veía venir, á ninguna de las personas que le eran queridas y dejando á sus subordinados un grande y heroico ejemplo que imitar.

Tan gloriosa muerte salvó al héroe británico de que su conducta fuese examinada por un tribunal militar, y difícil nos sería hoy decir cual sería el fallo. Recordemos, que en aquellos momentos acababan de juzgar en el Reino Unido, á los generales Delarrimple y Burrad, General en Jefe y Jefe de Estado Mayor general que respectivamente habían sido en el reino lusitano, procesados por el convenio de Cintra, por el cual los ingleses quedaron dueños de Portugal, pero permitiendo que el ejército francés, que había capitulado, pudiera trasladarse á Francia en barcos ingleses. El pueblo no quiso pasar por lo que llamaba, una manifiesta debilidad de los generales Delarrimple y Burrad y en consecuencia fueron llamados al Reino Unido y juzgados en Consejo de guerra. ¿Qué hubiera sucedido con Sir John Moore si hubiera llegado á su patria, con su ejército mermado y habiendo abandonado la Península Ibérica?

Con mezcla de estupor y de general indignación, acogió el pueblo inglés al ejército que después de la batalla de Elviña, gloriosa para las armas británicas, reembarcó en el puerto de la Coruña, dejando el cadáver de su heroico caudillo sepultado en las obras de fortificación de la plaza española.

Inglaterra había realizado cuantíosos desembolsos para organizar y enviar al Continente los cuarenta y tantos mil soldados, que en diferentes meses de 1808 habían desembarcado en Portugal y en Coruña. El Gobierno británico había hecho cuanto humanamente le fué posible para aumentar el número de cuerpos y poner estos en pié de

guerra, pero ni uno ni otro resultado pudo obtener, merced á su deficiente sistema de reclutamiento voluntario. No pudo el Gabinete inglés poner en la Península los 50.000 hombres que proyectó en los primeros momentos y así se lo decía el ministro Mr. Canning á Sir John Moore, en carta recibida por este general en Salamanca.

La retirada de las tropas británicas á su país, fué de un efecto tal, que no podemos dudar un momento de que, si Sir John Moore desembarca con sus soldados en el Reino Unido, hubiera comparecido ante el tribunal militar, como Delarrimple y Burrad.

Inglaterra había encontrado en la Península, el campo de batalla que tanto tiempo hacía que ansiaba y la retirada del ejército que mandó Moore, era un fracaso para la política del Gabinete de San James y un peligro para los 12.000 soldados ingleses, que con Sir Arturo Wellesley quedaban en Portugal.

Léase la prensa inglesa de aquella época y se verá que el pueblo londinense celebró mitins y acusó publicamente á Sir John Moore, á pesar de su edificante y heroica muerte. Se pidió la destitución y procesamiento de Hope, que á la muerte de Moore se había posesionado del mando del ejército y efectuado el reembarque que ya Moore tenía ordenado.

No podía Hope sustraerse á la responsabilidad que se derivaba de sus actos, desde el momento de haberse hecho cargo del mando y dirección del ejército, pero no olvidemos que la retirada—como ya dije—estaba dispuesta y ordenada por Moore, como consta en una acta que se conserva archivada en el Ayuntamiento de la Coruña, autorizada con la firma de todos los regidores, diputados de abastos, personero, etc. El mencionado testimonio lleva la fecha 16 de Enero de 1809, dia de la batalla llamada de Elviña, hecho que para nada se menciona en el acta, ni tampoco la muerte de Moore, solo aparece que aquel día la Junta Suprema del Reino de Galicia llamó á su seno una comisión del municipio á la cual enteró que el general inglés Sir John Moore se había presentado por la mañana á la Junta «para manifestarle que la venida de los ejércitos de S. M. B. á España había »sido para protegerla y auxiliarla, creyendo que en ella había más »ejércitos, más auxilios y más patriotismo y que mediante que nada »de esto había encontrado en este Reino, había resuelto reembarcarse »con su ejército, ofreciendo que este guardaría la mejor disciplina y »que esperaba que no se le incomodase por parte de los vecinos, con »lo cual se evitarían los perjuicios respectivos. Y en su vista acordó »la ciudad que sobre esta materia nada tenía que tratar».

El día 16, por la mañana, ya estaban á bordo de los transportes ingleses, los enfermos, heridos, las mujeres y toda la impedimenta, y hácia el mediodía, y cuando Moore tenía dispuesto que empezara la retirada y embarque por la división de Hope, fué atacado por las tropas de Soult, viéndose precisado á combatir en las posiciones que de antemano tenía ocupadas, sin poder rehusar la batalla, por lo que resulta que este hecho de armas, fué librado, no en defensa de la independencia española, sino para poder reembarcar el ejército británico.

La Historia tiene que ser inexorable, y ante su tribunal, todas las épocas y los personajes que en sus anales deben figurar, tienen que comparecer y ser juzgados teniendo á la vista los testimonios que dan fé de los sucesos; así, guardando el más profundo respeto á la memoria del héroe, tenemos que juzgar sus actos, porque ellos influyeron poderosamente en el curso de la guerra en España y puesto que ya os insinué cual fué la opinión en Inglaterra, por la retirada y embarque de su ejército en Coruña, veamos ahora lo que el ínclito Marqués de la Romana, general en jefe de nuestro ejército de la izquierda, decía en un extenso y gravísimo parte, sobre la conducta militar del general Sir John Moore y la indisciplina de sus soldados en la retirada de Castilla á la Coruña.

El parte está fechado el 18 de Enero de 1809 en Orense y constituye el tema de este discurso y, como digo en el enunciado, es un documento poco conocido. El Gobierno central habíase opuesto á su publicación en la Gaceta, para evitar que la nación conociera las quejas y graves acusaciones que nuestro general formulaba contra el caudillo británico, pero Romana no se dió por satisfecho y remitió una copia á su hermano el general D. José Caro, que á la sazón mandaba en Valencia y, en la *Gazeta* de la ciudad del Turia, veía la luz aquel importante documento, el 24 de Julio del año mencionado (1) ya. El Marqués da principio á su parte ó carta—como le llamó Romero Alpuente en las Cortes de Cadiz—diciendo que el general Moore desistió indebidamente de llevar á efecto el plan, que tenían combinado para batir á los franceses en Saldaña. «Su ejército, sin contar »el de mi mando, dice Romana, era superior en infantería y caballe»ría al enemigo. Yo le ofrecí el atacarlo por el frente de sus posicio»nes, que era lo más árduo de la empresa y me atrevo á decir que de »esta acción resultaría infaliblemente una completa victoria y el

(1) Dicho documento, en toda su integridad, va unido al final de este *Discurso*.

»frustrar los designios del enemigo; porque batido y derrotado, como »debió serlo en los días 5 y 6 del mes próximo pasado, pudimos caer »á tiempo sobre el otro cuerpo que vino á reforzar al de Saldaña, por »Rioseco y Mayorga, vencerlo también, y quedar dueños del Reino »de León, y así de toda Castilla.»

Manifiesta seguidamente el Marqués, que el general Moore desde que replegó su ejército á Benavente, «no se ocupó más que en cortar »los puentes de Castro Gonzalo, Valencia de D. Juan y el del Hospital »de Órbigo; en disponar su retirada á Galicia; sin darme aviso de que »los enemigos con gran fuerza venían hacia León; y pedirme con »grandes instancias, que mandase destruir el puente de Mansilla de »las Mulas».

El general británico, sin aguardar al enemigo, ni dar aviso al general español, abandonó todas sus posiciones y con la mayor precipitación, se retiró por Benavente, la Bañeza y Astorga hacia las entradas de Galicia por el Vierzo.

El Marqués, al saber que los ingleses se retiraban, marchó con parte de sus tropas á Astorga y cuando llegó, encontró que la masa mayor de las británicas, estaba más allá del Manzanal y Fuencebadon y algunas ocupando á Villafranca y Galicia.

«Me incomodó mucho esta conducta, dice el Marqués, y pasé »inmediatamente al alojamiento del citado general. Le hice presente »que consideraba preciso mantener la ciudad de Astorga, esperar »allí los enemigos y obrar de acuerdo conforme á sus fuerzas..... »Me contestó que tenía resuelto retirarse á Galicia, porque sus tro»pas necesitaban descanso. Le hice varias reflexiones pero todo fué »inutil.»

Por último, convinieron ambos generales, que el ejército inglés se encargase de defender el camino Real de Manzanal y de las entradas principales de Galicia por el Vierzo y que los españoles mantendrían la Puebla de Sanabria y la entrada del Valle de Orras.

«Con esta confianza, prosigue Romana, me mantuve en Astorga »hasta las diez de la noche, que me avisaron que se retiraban todos »los ingleses; al momento me vi precisado á salir para Ponferrada »por el puerto de Fuencebadon. El pueblo de Piambonal, distante dos »leguas de Astorga, lo hallé ocupado por tropas inglesas y lo mismo »el de Fuencebadon; pero continuaron su marcha el siguiente día »hacia Ponferrada.»

El 1.º de Enero llega la Romana con su cuartel general á Molina Seca, seguido de la vanguardia, la 5.ª división, la de reserva y la ar-

tillería, que pudo conservar, mientras la 3.ª y la 4.ª llegaban á Rabanal de la Sierra. La 1.ª había quedado en Turienzo de los Caballeros, encargada de proteger la retirada del ejército.

Desde Molina Seca se quejó Romana á Sir John Moore, porque además de haber reservado para su ejército el cómodo y buen camino de Villafranca á la Coruña, dejando para los españoles el escabroso de Fuencebadon á Valdeorras, Orense y Vigo, todavía lanzó por esta misma vía al general Grawfurd, con una columna de más de 3.000 soldados «que vinieron delante, dice el Marqués, saqueando los pue»blos, cometiendo cuantos escesos son imaginables y privándonos de »todos los medios de subsistencia». Esta columna británica no solo embarazó en la marcha á nuestros fatigados y hambrientos soldados, sinó que dió lugar á que nuestra 1.ª división fuese destruída en Turienzo.

Escuchemos las quejas y los cargos más graves que nuestro general en jefe dirigía en su escrito contra el general en jefe británico. «El general Moore y su ejército, tampoco han sostenido el punto de »Villafranca, ni el impenetrable del puerto del Cebrero. Ha huído »vergonzosamente hasta Lugo, con el mismo desorden y escandalosos »escesos de su tropas, que lo hizo desde Astorga. Es criminalísima »su conducta; nos ha perdido el Reino de Galicia; ha infundido el »desaliento, el terror y el disgusto en el ejército. Ha echado sobre el »suyo el ódio y el aborrecimiento de los pueblos, con sus vejaciones, »asesinatos, robos é incendios. Nos ha privado de todos los medios de »subsistir, por donde han pasado sus tropas, permitiéndoles la total »desolación del país. Nos ha engañado miserablemente, ó nos ha ven»dido, en la ocasión que debía haber sido de mayor utilidad su ejér»cito y en que ha podido cubrirse de gloria».

Continúa el Marqués reseñando los asesinatos de personas inermes, entre ellas tres alcaldes, y los robos y violaciones cometidas por los soldados británicos, y cierra el párrafo con estas amargas frases: «y en una palabra, los franceses mismos no podían haber destinado »agentes más poderosos, para concitar el ódio á los ingleses, que el »ejército del general Moore. Como estoy penetrado de que semejante »conducta, no es conforme á las intenciones de su Gobierno, ni á la »nación inglesa, he procurado compensar á mis tropas y á los veci»nos, las infinitas desgracias que de otro modo hubieran resultado. »Así lo manifésté al general Sir John Moore en Astorga, pidiéndole »que remediase los desórdenes de sus tropas; pero mis oficios han »sido inútiles.

»Todo lo que hago presente á V. E. á fin de que se sirva elevarlo »á noticia de la Suprema Junta, para la providencia que sea de su »soberano agrado, en el concepto de que he pasado al Reino de Gali»cia el oficio de que acompaño á V. E. copia (1), y he dado aviso de »los desórdenes de nuestros aliados, al Ministro de Estado de Ingla»terra Mr. Canning, para que lo traslade á noticia del Rey su amo.= »Dios guarde á V. E. muchos años.=Cuartel general de Orense 18 »de Enero de 1809.=Excmo. Señor.=El Marqués de la Romana= Esmo. Señor D. Antonio Cornel, Ministro de la Guerra.»

* * *

Al abandonar el ejército inglés las tierras castellanas y engolfarse, más que de prisa, por las termópilas gallegas, por nuestros inaccesibles desfiladeros, tuvo necesariamente que romper todo enlace con el español, dejando á este aislado, é irremisiblemente expuesto á los terribles golpes del numeroso y aguerrido ejército imperial y solo, merced á la habilidad desplegada por Romana para fraccionar sus tropas y dirigirlas excentricamente, pudo una gran parte del ejército de la izquierda llegar al Valle del Támega y á la frontera lusitana.

La situación de nuestro general en jefe y de sus soldados, tenía necesariamente que ser dificilísima con el abandono en que los dejaron los británicos. Nuestros soldados estaban desnudos, descalzos y más de 9.000 no tenían fusiles y en tal situación tuvieron que dar frente al victorioso ejército francés. Las pérdidas tenían que ser dolorosas al ser batidas y desechas la 1.ª y la 2.ª división, respectivamente, en Turienzo y Mansilla.

No nos admiremos de los durosconceptos que, en aquel momento de angustia y dificilísima situación, estampaba el Marqués en su escrito del 18 de Enero, que fragmentariamente os acabode leer, pues, como dice Toreno, quedó «solo y en pié en un rincón de Galicia» y con su ejército casi disuelto, como el mismo consigna en su parte.

Es incontestable la gravedad del documento dirigido por el Marqués de la Romana, á la superioridad, es un escrito, firmado por uno de los grandes prestigios de aquella época, en España y en el extranjero, sobre todo en Inglaterra. El doloroso efecto que su enérgico lenguaje causó en el Gobierno español, podemos verlo, al

(1) Copia de este mismo oficio.

saber que este remitió á nuestro representante en Londres D. Juan Ruíz de Apodaca, copia literal y autorizada del parte del Marqués, para su entrega al Ministro de Estabo británico, para que pusiera los hechos en conocimiento del Rey Jorge, en nombre de S. M. C. Fernando VII y «espresara al Ministro Mr. Canning el profundo sentimiento que al Gobierno español le había causado la retirada á Galicia del ejército inglés, retirada que habiendo dejado al descubierto »el Reino de Galicia, aislado por la parte del Norte y Oeste el de »Aragón y rodeado el Principado de Asturias, dió á los franceses la »proporción de tomar las plazas de la Coruña y el Ferrol, con los »barcos que había en él.

»Tan desgraciados sucesos han causado en España el mayor disgusto; pues han visto desvanecerse las lisonjeras esperanzas, que »habían concebido de un ejército aliado tan respetable y cuya »reunión con el Marqués de la Romana, proyectada antes por Diciembre y dispuesto para atacar con ventaja al mariscal Soult en »Saldaña, dejó de efectuarse por disposiciones de aquel general (1), »avisándole estaba sobre ellos el Emperador de los franceses con 50 »ó 60.000 hombres y determinando retirarse á Galicia, en cuyas »montañas, participa la Romana, pudo haberse hecho firme aquel »general, en las fortísimas posiciones del Cebrero y Piedrafita, como »consta de la copia adjunta de carta del Marqués á su Gobierno.»

Continúa en su nota el Gobierno español haciendo cargos al general Sir John Moore y reiterando su sincera amistad y agradecimiento al Gobierno británico y al Rey Jorge.

Voy á terminar señores; no quiero abusar más de vuestra condescendiente benevolencia, pero antes quiero recordaros que, como sabeis bien, los hechos prevalecen y perduran sobre las leyendas que forja la pasión ó el entusiasmo inconsciente, y los que el Marqués de la Romana denuncia en su escrito, comprobados están por historiadores extranjeros y españoles.

Si de algo adolece el parte será de la pujanza de voluntad de quien lo redactó y de una aplastante veracidad, que nos obliga á mirar con justísima prevención, historias y monografías que ocupan preferente lugar en la bibliografía española.

Las notas pasadas por el Gobierno español al británico, y de las cuales dejo hecho mérito, son el complemento del parte del Marqués

(1) Sir John Moore.

de la Romana, al cual le dan no solo valor técnico sinó el histórico que hoy tiene.

Debo haceros notar que los historiadores y panegiristas británicos de las campañas de los ejércitos ingleses en la Península, tales como Napier, Souetey, Londonderry y Clark, no impugnan el documento del Marqués, lo citan sin comentarios y en cambio hacen grandes y calurosos elogios del autor.

Cuando la muerte sorprende á la Romana en Cartaxo—Portugal—el 23 de Enero de 1811, dice de él Clark, «allí terminó La Romana su preciosa existencia y en sus últimos momentos, sus votos y recuerdo fueron para su familia y para España; ingleses y portugueses honraron su memoria celebrando grandes funerales y mostrando su pesar por la muerte del noble y valeroso caudillo español.»

Es de notar que un historiador inglés como Clark se exprese así al hablar del general español, que tan graves acusaciones había lanzado sobre la conducta militar de Sir John Moore, de quién había sido su amigo y subordinado. Si de Clark, pasamos á los otros autores que os cité, encontramos los mismos elogios tributados á La Romana y de todos como os dije pasan por altó el parte. Si á esto agregamos las reclamaciones del Gobierno español al británico, iremos irremisiblemente de deducción en deducción, de análisis en análisis, á encontrar un todo puro y pristino, como es la verdad, como debe ser la Historia, á quien Cicerón llamaba «Maestra de la vida».

He Dicho.

APÉNDICE

Oficio de La Romana sobre las operaciones de Sir John Moore

«Exmo. Señor: La conducta militar del general Sir John Moore y la que observan sus tropas no es la que se debía esperar de unos aliados, cuya nación y su ilustre gobierno nos han dado repetidos testimonios de generosidad y deseos de concurrir al buen èxito de la justa causa que nos empeña contra el enemigo común.

«El general Moore desistió indevidamente de llevar à efecto el plan que teníamos combinado para batir el cuerpo de tropas enemigas que había en Saldaña y sus inmediaciones. Su ejército, sin con-

»tar el de mi mando, era superior en caballería é infantería al enemi-»go. Yo le ofrecí el atacarlo por el frente de sus posiciones, que era »lo más arduo de la empresa; y me atrevo á decir que de esta acción »resultaría infaliblemente una completa victoria y el frustrar los de-»signios del enemigo; porque batido y derrotado, como debió serlo »en los días 5 y 6 del mes próximo pasado pudimos caer á tiempo so-»bre el otro cuerpo que vino á reforzar al de Saldaña, por Rioseco y »Mayorga, venciendo también, y quedar dueños del Reino de Leon, »y así de toda Castilla.

«El general Moore, desde que replegó sus ejércitos hacia Bena-«vente y la otra parte del rio Coa, no se ocupó más que en cortar los »puentes de Castro Gonzalo, Valencia de Don Juan, y el de el Hospital »de Órbigo; en disponer su retirada á Galicia; sin darme aviso de que »los enemigos con gran fuerza venían hacia León, y pedirme con re-»petidas instancias que mandase destruir el puente de Mansilla de las »Mulas. En efecto, sin aguardar á los enemigos, ni darme aviso, se »retiró toda su infantería y parte de la caballería con la mayor preci-»pitación, de Benavente, la Bañeza y demás puntos que ocupaba; de »forma que cuando llegué con mis tropas á la ciudad de Astorga, es-»taba ya la infantería y parte de la caballería inglesa ocupando las »entradas del Vierzo por Manzanal y Fuencebadon y algunos adelan-»tados hasta Villafranca y Galicia; no habiendo dejado más tropas en »las avenidas de la Bañeza, que un regimiento de caballería alemán, »á la mitad del camino entre aquella villa y Astorga.

«Me incomodó mucho esta conducta y pasé inmediatamente al »alojamiento del citado general. Le hice presente que consideraba »preciso mantener la ciudad de Astorga, esperar allí los enemigos y »obrar de acuerdo conforme á sus fuerzas; manifestándole que siem-»pre teníamos nuestra retirada segura por los caminos de Manzanal »y Fuencebadon, en los cuales hay posiciones inexpugnables, que po-»dríamos ocupar y defender con poca gente. Me contestó que tenía »resuelto retirarse á Galicia, porque sus tropas necesitaban descanso. »Le hice varias reflexiones, pero todo fué inutil.

«Por último, le hice presente que en Ponferrada estaba el parque »de Artillería, cantidad de trigo acopiado y hospitales establecidos; »que en Villafranca tenía galleta, armas y más de 2.000 enfermos; »que nos era del mayor interés la conservación del Vierzo y que si »pensaba retirarse á Galicia, cubriría yo los caminos de Manzanal y »Fuencebadon.

«Me respondió que dejase libre el camino real de Manzanal, que

»él se encargaba de su defensa y de la entrada principal de Galicia »por Villafranca; que mis tropas podían ocupar los caminos de Fuen»cebadon, y los de Galicia por el valle de Orres y Puebla de Sana»bria. Convine en ello, y situé las tropas en los pueblos de la mara»gatería, cubriendo todos los caminos desde la Bañeza y Astorga al »Vierzo y previne al Marques de Valladares, que retrocediese con su »división á ocupar los de la Puebla de Sanabria. A las 5 de la tarde »del 31, tuve aviso de que las avanzadas enemigas que venían de la »Bañeza, se habían encontrado con las del regimiento de caballería »aleman, á legua y media de Astorga y que sin embargo de la densa »niebla y de lo intransitable de los caminos, continuaban sus mar»chas con dirección á la misma ciudad. El general de la caballería »inglesa Sir Paget, me dijo que había mandado al regimiento aleman »conservase su posición; que aquella noche lo reforzaría con otros »dos regimientos, únicos que quedaban del ejército inglés en las in»mediaciones de Astorga, y doce piezas de artillería volante; y que »si los enemigos venían solo con caballería y no eran superiores en »fuerza los atacaría. Con esta confianza, me mantuve en Astorga »hasta las diez de la noche que me avisaron que se retiraban los in»gleses; y al momento me vi precisado á salir para Ponferrada por el »puerto de Fuencebadon. El pueblo de Piambonal, distante dos leguas »de Astorga, lo hallé ocupado por tropas inglesas y lo mismo el de »Fuencebadon; pero continuaron su marcha el siguiente día hacia Pon»ferrada y de allí por el valle de Orres y Orense á Vigo, cuya ruta »siguió mi división de seis mil hombres, aunque era lo convenido »para las tropas de mi mando. Vinieron delante, saqueando los pue»blos, cometiendo cuantos excesos son imaginables y privándonos de »todos los medios de subsistencia.

«El 1.° de Enero llegué á Molina Seca, y establecí mi cuartel »general y al próximo día se me dió aviso, que los enemigos con un »corto número de caballos habían pasado el puerto de Manzanal y »estaban en Bembibre sin la más mínima oposición de los ingleses, »quienes iban á Villafranca en la mas desordenada y vergonzosa »fuga, dejando el camino sembrado de caballos muertos, cajones de »fusiles, correajes, municiones y multitud de efectos; saqueando é in»cendiando los pueblos, violentando las mujeres, cometiendo asesina»tos y todo género de crímenes, como si fueran nuestros mayores »enemigos.

«A cosa de legua y media de Astorga está el puerto de Manza»nal, camino Real de la Coruña. Sigue después más de siete leguas

»de bajada bastante rápida y sin otro paso en muchos puntos que el »mismo camino ó calzada inexpugnable por derecha é izquierda; de »forma que con dos piezas de artillería, puede contenerse el más nu»meroso ejército. Yo debía suponer, y así se me aseguraba, que los »enemigos eran dueños del camino Real entre Ponferrada y Villa»franca, único paso por donde podía retirar mi artillería y efectos del »parque, é ignoraba las fuerzas aún que habían entrado en el Vierzo. »Recibí partes de que también habían llegado á Fuencebadon, inter»ceptado muchos carros y acémilas de nuestros equipages, cortado á »algunas de mis tropas y que probablemente se adelantarían hacia el »pueblo en que yo me hallaba. En esta crítica situación, me vi pre»cisado á mandar que la artillería saliese de Ponferrada para Villa»franca á todo riesgo; que todas las tropas se dirigiesen á cubrir la »entrada de Galicia por el valle de Orres, antes de que los enemigos »lo verificasen, viniendo por las inmediaciones de Ponferrada hacia »Toral; y á las 12 de la noche salí para los Barrios, donde me detuve »hasta que amaneció, para reconocer las avenidas del Vierzo y ocu»par si convenía alguna pasición fuerte. Allí se me informó de varios »caminos mucho más cortos, que conducen desde Villafranca y sus »inmediaciones, á los pueblos de Borranas, el Barco y la Rua, situa»dos á 5, 9 y 11 leguas á la espalda por donde podían penetrar á »Orense, interceptando mi paso, por lo cual dispuse que las tropas »continuasen la marcha. Las he situado desde el Puente de Domingo »Florez á esta ciudad, en los pueblos de posiciones fuertes y más pro»porcionados, para que puedan subsistir y descansar de la extraordi»naria fatiga, hambres y trabajos que han padecido.

«El general Moore y su ejército, tampoco han sostenido el punto »de Villafranca, ni el impenetrable del puerto Cebrero. Ha huído »vergonzosamente hasta Lugo, con el mismo desorden y escandalo»sos escesos de sus tropas, que lo hizo desde Astorga. Es criminalísi»ma su conducta; nos ha perdido el Reino de Galicia; ha infundido »el desaliento, el temor y el disgusto en el ejército. Ha echado sobre »el suyo el odio y el aborrecimiento de los pueblos, con sus vejacio»nes, asesinatos, robos é incendios. Nos ha privado de todos los me»dios de subsistencia por donde han pasado sus tropas, permitiéndoles »la total desolación del país. Nos ha engañado miserablemente, ó nos »ha vendido, en la ocasión que debía haber sido de mayor utilidad su »ejército y en que ha podido cubrirse de gloria.

«Estoy pendiente de los progresos del enemigo sobre Lugo, y »del partido que toma el ejército inglés, para ver el que yo pueda to-

»mar con las reliquias del mío, casi disuelto y desanimado con los »procedimientos de nuestros aliados. Por el pronto, voy á reforzar- »me lo posible, organizando los cuerpos conforme á lo dispuesto por »S. M. en su Real orden que V. E. se sirvió comunicarme con fecha »20 del mes próximo pasado.

«Los ingleses se han apoderado á la fuerza de las mulas de tiro »que arrastraban la artillería y municiones, de los bueyes que tiraban »de los carros de equipages; han robado todas las mulas de los labra- »dores y vecinos de Benavente y pueblos de Campos, dejando multi- »tud de carros abandonados en el camino, unos despeñados y otros »hechos pedazos de intento; han matado y consumido sin necesidad »los bueyes de los carros y no han pagado su importe. Nos han ase- »sinado tres alcaldes y otros vecinos; han derramado el vino de las »bodegas, sin pagar el que han bebido; no han satisfecho los carros »y caballerías que han empleado en transportar sus inmensos equipa- »ges y sus mujeres. Las comisarios se han negado á dar en varios »pueblos recibo de los víveres que les han suministrado las justicias; »á otros les han rebajado arbitrariamente las cantidades que han que- »rido; y en una palabra, los franceses mismos no podían haber desti- »nado agentes más poderosos para concitar el odio á los ingleses que »el ejército del mando del general Moore.

«Como yo estoy penetrado de que semejante conducta no es con- »forme á las intenciones de su gobierno, ni á la nación inglesa, he »procurado compensar á mis tropas y á los vecinos, las infinitas des- »gracias que de otro modo hubieran resultado. Así lo manifesté al »General Sir John Moore en Astorga, pidiéndole que remediase los »desórdenes de sus tropas; pero mis oficios han sido inútiles.

»Todo lo hago presente á V. E. á fin de que se sirva elevarlo á »noticia de la Suprema Junta, para la providencia que sea de su So- »berano agrado, en el concepto de que he pasado, al Reino de Galicia, «el oficio de que acompaño á V. E. copia, y he dado aviso de los de- »sórdenes de nuestros aliados, al Ministro de Estado de Inglaterra »Mr. Canning para que lo traslade á noticia del Rey su amo.—Dios »guarde á V. E. muchos años.—Cuartel General de Orense 18 de Ene- »ro de 1809.—Exmo. Señor.—El Marqués de la Romana—Hay una »rúbrica—Exmo. Señor Don Antonio Cornel, Ministro de la Guerra.»

DISCURSO - CONTESTACIÓN

POR EL

Sr. D. Wenceslao Requejo

Señores Académicos:

Para testimoniaros la profunda gratitud que en estos momentos siento por el honor que me habeis otorgado eligiéndome para dar la bienvenida en vuestro nombre al nuevo Académico que viene á compartir nuestras tareas, fuera mi mayor deseo presentaros un trabajo digno de persona de tales merecimientos y de Corporación de tan alto saber. Más siendo mis facultades escasas é insuficientes los medios que á mi alcance tengo para poder hacerlo, no me resta otra cosa que suplicaros me otorguéis vuestra benevolencia, que, aún siendo mucha, toda la habré de menester.

Si el acierto que habéis tenido en llamar á vuestro seno á persona de tan cumplida condición fué grande, no lo es menor el provecho que nuestra Academia se procura con su ilustrada colaboración.

Fuera exigencia de rigurosa justicia en estos momentos, relatar los méritos del que es nuestro compañero; mas como al nombrarle no habeis hecho más que apreciarlos debidamente, será labor un tanto impertinente por mi parte y un atentado á su modestia, exhibirlos ante tan docta Corporación.

Si ellos no fueran como son tan notorios, el hermoso discurso que con la mayor complacencia acabamos de oir, constituiría una prueba plena de la justicia con que ha procedido esta Academia, otorgándole la honrosa distinción de contarle entre los suyos. El ardiente patriotismo que le inspira, las serenas reflexiones que atesora, la copiosa erudición y sana crítica que en él ha puesto, dicen bien á las claras cuán entrañable es su cariño al pueblo en que nació y á la Patria por cuyo honor combatió en los campos de batalla, cuán sereno y reposado es su juicio y cuán cierto es su saber. De tales méritos y del noble empeño que supo poner en todos los actos de su vida, puede esta corporación esperar los más fecundos resultados.

La ciudad del Ferrol, cuna de tantos hijos ilustres, tiene la honra de contar entre los suyos más distinguidos á este á quien hoy damos, con la satisfacción consiguiente, la más cariñosa bienvenida.

La tradición familiar y el medio en que vivió le destinaban á la honrosa profesión de las armas. Su abuelo fué un bravo militar que después de haber luchado heroicamente en Trafalgar y de sufrir un largo y penoso cautiverio, recibía la muerte en las Ventas de Armendía por los realistas, en 1823, defendiendo la causa liberal.

Fué su padre brillante jefe de la Armada, y entre sus antepasados cuenta al general D. Pablo Morillo, primer Conde de Cartagena, nombre que todos los vigueses recordamos con especial gratitud y admiración, por ser el caudillo que rescató nuestra ciudad del poder de los franceses.

No bien acabados sus estudios de cadete, pasó á la Isla de Cuba donde ardía una de tantas guerras como las que ensangrentaron su hermoso suelo, y allí, batiéndose con singular denuedo, hizo sus primeras armas, revelándose como digno continuador de una familia en que la bizarría era tradición.

En los sucesos ocurridos en la República Dominicana de 1865 á 1867 tomó parte brillante y activa, peleando heroicamente en cuantas acciones tomó parte, hasta que herido con dos balazos fué cogido prisionero, y no fué muerto gracias á la intercesión de una ilustre dama.

Duró su cautiverio 21 meses mortales. En ellos dió pruebas de un valor y sufrimiento extraordinarios. La sujección dura y penosa á que se hallaba sometido, las privaciones y torturas que padecía, el rigor del clima y el triste fin de sus compañeros, no fueron bastante, ni á debilitar su ánimo esforzado, ni á entibiar el entusiasmo por la noble causa que defendía. Premio concedido á tan ejemplar comportamiento, fué la medalla de sufrimientos por la Patria, que su pecho honroso ostenta.

En 1870 y 71 se encontró en las operaciones de la guerra civil en las provincias vasco-navarras; asistió á la toma del Arsenal del Ferrol, distinguiéndose tanto en esta acción que el Gobierno le concedió por ese hecho de armas el empleo de comandante, y con el de teniente coronel, alcanzado también por mérito de guerra, operó contra los carlistas en la provincia de Tarragona, demostrando siempre condiciones de valor sereno y dotes de mando excepcionales.

Está en posesión de la Gran Cruz del Mérito Militar, de la Cruz y Placa de la de San Hermenegildo, de la del Mérito Naval roja, y de otras muchas por méritos de guerra y servicios especiales.

Si estos merecimientos como soldado, son, como veis, sobresalientes, no lo son menos los que como historiador y hombre de letras ha

prestado á su Patria, á la que ha dado sin regateos el esfuerzo de su brazo y el servicio de su brillante pluma.

Frecuente es ver hermanadas en una misma persona estas dos actividades, y sin remontarnos á aquellas épocas heroicas en que un Sócrates y un Genofonte luchaban por su Patria y escribían sus obras imperecederas, en que Julio César desarrollaba sus portentosas condiciones de caudillo y escribía sus comentarios, y el vate florentino peleaba y legaba la suya, esa maravilla que se llama *La Divina Comedia*, ejemplos elocuentes tenemos en la nuestra, en que más que en ninguna otra han estado las letras y las armas en amigable consorcio. Las leyendas épicas, los cantares de gesta y los romances heroicos de nuestra literatura, sino en su totalidad, en una gran parte, dado el espíritu que los informa, impregnado de ese caracter guerrero y aventurero del pueblo español, bien puede sospecharse fueron en su gérmen obra de los mismos cuyas hazañas cantaban.

Nunca la lanza embotó la pluma ni la pluma la lanza, dice nuestro famoso Manco de Lepanto, quién después de combatir por la Patria en la más grande de las empresas que los siglos vieron, concibe en ella su libro prodigioso.

Camões, el gran épico portugués, de noble solar gallego como Cervantes, su compañero en desventuras y como él señalado por la guerra en defensa del honor de su Nación, canta en estrofas inmortales las sublimes locuras de los nautas lusitanos.

La pluma-espada del Rey Sabio fué la que escribió las Cántigas en la armoniosa lengua gallega, la que compuso las trovas que en el mismo idioma dió el Marqués de Santillana; las delicadas églogas de Garcilaso, el Teatro de Calderón de la Barca, La Araucana del capitán Ercilla, las obras de Boscan y las historias y las crónicas, ricas en sabias observaciones, expuestas en lenguaje primoroso de aquellos aventureros y soldados que España enviaba á América á realizar aquellas estupendas aventuras por nadie igualadas.

También nuestra Galicia, siempre gloriosa, cuenta entre sus ilus tres hijos nombres esclarecidos, que si en las lides guerreras supieron vencer, alcanzaron nombre y prez en las justas literarias. Ejemplos elocuentes son D. Fernando de Andrade, General de la caballería del Gran Capitán, de quien éste tuvo celos; el almirante Francisco Feijóo, muerto en el combate de las Dunas; Sarmiento de Gamboa, delicado poeta, atrevido navegante, que antes que nadie pasó el estrecho de Magallanes; Juan de Lángara, Romay y el General Freire de Andrade, de la batalla de San Marcial, cuyas tropas gallegas merecieron de We-

llington la famosa proclama, y tantos otros que se podrían citar, confirmando la generalidad de la regla.

A este pueblo y á esta raza pertenece nuestro Académico. Hombre como aquéllos, que no solo hacían las guerras sino que sabían narrarlas, consagró una gran parte de su aprovechada vida en preparar las Memorias históricas sobre la última dominación de España en Santo Domingo, obra que una vez publicada podrá considerarse como definitiva sobre aquellos sucesos.

Entusiasta hijo de Galicia y de sus glorias, que quiere con amor entrañable, lleva consagrados diez años de asídua y afortunada investigación á la historia documentada de la Guerra de la Independencia de nuestra región, labor meritísima que mereció diferentes premios en el gran Certamen histórico celebrado últimamente en Santiago y que unida á otros trabajos que narran aquellos gloriosos hechos, verá la luz pública con contento de todos, si las corporaciones de nuestro país subvencionan, como es de esperar, su publicación.

Añádanse á toda esta ingente labor la campaña de prensa que, ya como director, ya como redactor de grandes publicaciones, realizó durante largos años, defendiendo siempre con brío singular é inteligencia suma los más elevados intereses nacionales y la parte activa que con verdadero altruismo realizó en la acción social, fundando en Navarra, en 1884 las primeras Cooperativas de consumo, y se comprenderá la justicia y el acierto con que esta Academia procedió al buscar la colaboración de persona de tan relevantes méritos. Por todo ello, su ingreso en nuestra Corporación es para todos motivo de verdadero complacimiento, mas como el proverbio dice «los linderos del gozo frisan en los del dolor», este placer que su presencia nos proporciona trae á nuestro ánimo el recuerdo doloroso de su predecesor y de los otros queridos compañeros, cuyas vidas consagradas al enaltecimiento de nuestra tierra no acabaron con su muerte, pues viven en nuestros corazones.

* * *

Las sentidas frases que habeis dedicado al que venís á reemplazar, son un merecido tributo de respeto á su memoria que agradecemos con toda nuestra alma, pues el recuerdo de un tan buen compañero llena todo nuestro pensamiento.

Hombre de sinceras y honradas convicciones, perteneció á aquella generación de luchadores que, dejando á un lado todo lo que signifi-

caba beneficio personal, consagraron su vida y sus intereses á la dignificación y ennoblecimiento de Galicia, y rindieron culto constante á todos los grandes ideales.

Fiel siempre al espíritu de nuestra raza, amó á su tierra con el más acendrado de los cariños, soñó para ella la era de venturas que todos anhelamos, pudiéndose decir que toda su labor literaria la consagró á la obra de redención de los humildes, combatiendo sin trégua ni descanso á aquellos que debiendo velar por su mejoramiento, los esclavizan y expolían.

Hombre de natural modesto, prefirió al brillo de las ciudades el recogimiento de la aldea, y allí, en aquel lugar riente que el Miño baña y en donde radicaban las tierras que heredó de sus padres, transcurrió la mayor parte de su vida, consagrada al bien.

Fruto del conocimiento del alma campesina fué aquel libro que lleva por título *El Mundo Rural,* dedicado á su amigo D. Eduardo Chao —nombre que todos, y especialmente los vigueses, debemos enaltecer—y en donde se hallan retratadas con vigoroso relieve las gentes de nuestras aldeas, de variedad no grande, pero si de una complicada psicología.

Desde *Don Oppas,* personificación del odioso cacique bárbaro y opresor—que por desgracia campa por sus respetos en nuestras tierras—hasta *La Revelación de Psiquis,* en que con esa vaga ternura, nota característica de nuestra literatura, nos muestra la triste moza muerta de amor al ver que su prometido entrega á otra el corazón que ella creía suyo y que recuerda esa joya que se llama *A Virxe do Cristal;* desde la *Canción de la Miseria,* con su violento contraste entre el abominable tio Fabián y el bondadoso cura D. Andrés, hasta la *Aceña,* delicioso cuadro que tiene por fondo esa tierra de égloga que cruza el poético Avia y por figuras principales la fresca Carmela, garrida molinera, vigoroso retoño de nuestra opulenta raza y Blás, el mozo *das festas,* enamoradizo y fanfarrón, sabe pintar con los colores de su rica paleta, multitud de cuadros llenos de vigor y realismo que figuran dignamente en nuestra literatura.

Además de estos cuadros, débenle nuestras letras un tomo que lleva por título *Célticos,* cuentos y leyendas de Galicia, al que puso prólogo ese hombre bueno y sabio que nos preside—¡cuando Dios disponga de su vida, sabrá apreciar Galicia cuanto le debe!—del cual son estas palabras de su mágica prosa, que mejor que ningunas otras expresan el mérito del libro: «Es fruta de nuestro huerto. Aunque pasasen sus escenas en el país de la Cucaña, siempre echaríamos de ver

que fué escrito teniendo ante los ojos y dentro del corazón los paisajes y los amores de Galicia. Hasta la forma le delata. Hay en el fondo de los asuntos que trata una vaguedad, que si se acomoda como era de obligación á la índole de la leyenda, no por eso es menos propia de nuestro carácter. Hay también en la expresión de los afectos algo de aquel sentimiento que tocando en ocasiones los límites del sentimentalismo, delata las tendencias propias del pueblo gallego, tan dado a las dulces tristezas, á los vagos sueños, á lo maravilloso y lo sobrenatural».

Después de este modesto homenaje á la memoria del que fué digno compañero, para no abusar de vuestra condescendencia debiera dar fin á este trabajo, pero como la práctica en casos como este en que me hallo, exija haga algunas consideraciones sobre el tema del discurso del nuevo Académico, os suplico me otorguéis unos momentos más vuestra benévola atención y, contando con ella, permitidme espigar un poco en el campo en que el Sr. Morillo, mi cariñoso amigo, ha sabido recolectar tan ópimas cosechas cual la que á la vista nuestra ha presentado.

*
* *

La desastrosa retirada de las tropas inglesas mandadas por el general Moore y el tan poco conocido parte del Marqués de la Romana, protestando ante el país, de los vandálicos hechos por aquel ejército realizados, constituyen el tema del hermoso discurso del Académico Excmo. Sr. López Morillo.

El juicio que en él formula, por más que va envuelto en la prudente reserva á que su especial condición le inclina, es de rigurosa censura al comportamiento de este caudillo británico.

La conducta de este general, aun apreciada con toda la indulgencia con que los españoles juzgamos á los hombres de otros pueblos y que contrasta tristemente con la dureza que al juzgar á los nuestros ponemos, merece la mayor reprobación.

En el libro diario que su hermano publicó en Londres, en 1809, obra que consideró necesaria para justificar su conducta puesta en entredicho por toda la opinión pública, hallamos fundamentos bastantes para sacar el convencimiento, no sólo de la poca simpatía que nuestro país le inspiraba—con cuya idea no debió poner pies en nuestra Patria—sino del propósito que siempre abrigó—siquiera ocultándolo con las nebulosidades impropias de un noble caracter—de retornar cuanto antes pudiera á Inglaterra; fuera porque comprendió que la

empresa que pesaba sobre sus hombros era superior à sus facultades, fuera por el pánico que el solo nombre de Napoleón le inspiraba ó por los anhelos de volver á ver pronto los hermosos ojos de Miss Fox á quien amaba sin esperanza.....

El lenguaje altanero é injurioso que empleaba en sus comunicaciones, queriendo achacar al mal estado de ánimo de los españoles lo que solo á su incapacidad y al terror de que se hallaba poseído se debía, es cosa que indigna y subleva.

Busquen otros disculpa á su proceder —que difícil será hallarla— pero nosotros, descendientes de aquellos patriotas que sufrieron en sus personas y en sus bienes los atropellos de unas tropas enviadas para defender nuestro territorio, convertidas en sus expoliadoras, no deberíamos siquiera recordar el nombre, más que para aborrecerlo, de aquel que con su incalificable proceder fué la causa de aquellos tristes sucesos.

Era claro su deseo de no emprender en la Península operaciones serias. A parte otros hechos, lo prueba el que en todas las comunicaciones que dirigía á su Gobierno, le disuadía de enviar nuevos refuerzos, no siendo tal vez ageno á este objeto el propósito de que no fueran mandados por el Generalísimo español, como aquél le ordenaba. Celos impropios de quien viene á defender una noble y santa causa.....

Decir como decía —tomándolo por prètexto— que no luchaba porque el pueblo español era indiferente y poco patriota—cuando este pueblo llegó en su épica lucha á ofrecer los más sublimes ejemplos de sacrificio por su Patria, haciendo la guerra más popular que nunca hubo, en que peleaban con santa indignación mujeres, niños y ancianos; cuando estas gentes que se veian escarnecidas por sus tropas fugitivas podrían con una sola delación perderlas y en lugar de ello ocultaban su dirección á las tropas francesas, á más de ingrato —es querer arrojar sobre nuestra Patria el estigma de cobardía, no lanzado por nadie más que por Moore, el general huído.

Afortunadamente su mismo pueblo, cantando por boca de Byron odas á nuestro valor y patriotismo, y su Gobierno, enviando sables de honor á nuestros guerrilleros, como á Palavea, y sus historiadores sensatos, enalteciendo nuestra lucha, se encargan de desmentirle.

Contéstenle por nosotros aquellas palabras del Duque de hierro: «Imitad á los inimitables gallegos. Distinguidos sean hasta el fin de los siglos por haber llegado su denuedo á donde nadie llegó», expresadas por el Duque de Wellington después de San Marcial, y compárese la conducta de este general, honra de su Patria y de la humanidad, pues

á ésta pertenecen los génios, cuando perdida toda esperanza por el Gobierno británico de mantener sus tropas en España después de la marcha de Massena sobre Lisboa con 80.000 hombres, dejó á Wellesley la responsabilidad de quedarse en ella ó salir, responsabilidad que habría amilanado á gentes de otro valor moral y que á él le sirvió para responder aquellas hermosas palabras: «Yo estoy persuadido de que el honor y el interés de mi Patria exijen que quedemos firmes aquí tanto tiempo como podamos y si Dios quiere yo quedaré», con la del general Moore, que contando con 35.000 hombres y acosado por todos, especialmente por el Marqués de la Romana, que pedía para si el sitio de mayor peligro, para luchar contra los 18.000 soldados con que contaba Soult, busca pretextos en sus partes para no atacar, decidiéndose á emprender la retirada.

¿Acaso Wellington, viendo que los portugueses desistían de ayudarle en sus líneas de Torres-Vedras, renunció á su plan resuelto de atacar á los franceses, como lo hizo, obligando á Massena á batirse en retirada?

No; no debemos tener consideración à la memoria del que, para justificar errores, no vaciló en afrentar á España con sus palabras. Lo que fué realmente es que Moore no tenía de su deber una idea tan clara y tan firme cual deben tenerla los hombres que llegan á su altura y á quienes su Patria entrega unas fuerzas, no para ahorrarlas, sino para que sirvan la causa justa de un país amigo que se compromete á defender, sacrificándolas si preciso fuera.

Estaba visto que su ánimo era no luchar con los franceses auxiliando á la Nación española, á lo que al aceptar el mando se había comprometido.

Su propósito decidido al salir de Portugal, realizando una operación militar que todos los técnicos consideran desacertada y causa de mucho de lo que le ocurrió después, era retirarse hacia las costas y embarcarse para su país. Nadie pudo hacerle disuadir de su intento. Ni las cartas apremiantes que la Junta Suprema, Frere, el embajador inglés y el Marqués de la Romana le enviaban, manifestándole que solo *quieren oir hablar, no de retirada, sino de morir ó vivir en territorio español,* condoliéndose todos de su incomprensible resolución, ni la apremiante comunicación de D. Martín de Garay, haciéndole ver que la libertad de la Nación y los intereses de Inglaterra y de Europa exigian se hiciera pronto la reunión de su ejército con el español para juntos y de acuerdo obrar como fuera más conveniente, pues de otro modo su venida á España no habría servido más que para malograr

la mejor ocasión de destruir al enemigo, abandonando á la Nación en en el momento en que precisa los auxilios de su aliado, nada podía destruir su obsesión de llegar al mar para embarcar sus tropas, ejecutando así la operación que el mariscal Berthieu encargaba al Duque de la Dalmacia, cuando le mandaba que tratase de arrojar los ingleses á Galicia, caso realmente extraordinario de un general que hace lo que conviene al enemigo.

Que este movimiento de retirada fué considerado entre sus tropas como un acto indigno de ellas, lo prueban las grandes murmuraciones, las protestas y hasta casi la sublevación con que fué recibido. London-derrey, coronel de uno de los regimientos, y por tanto testigo presencial de estos sucesos, dedica ocho páginas de su conocida obra á poner de manifiesto la protesta y el profundo disgusto que se apoderó del Ejército cuando fué conocida la resolución del General en Jefe, adoptada sin el Consejo y opinión de sus oficiales generales, á los que no hizo más que comunicársela.

Era la opinión unánime en el ejército que era preferible su pérdida al abandono injustificado de la causa de España que era á lo que se habían comprometido, llegando su protesta hasta el extremo de querer adoptar otro plan de campaña. Tal era esta opinión extendida, que hasta Warren, ayudante de campo del general Beresford, fraternal amigo de Moore y jefe de una de las divisiones, en carta que aquellos días escribía á su padre, le decía: «Aquí, entre nosotros y en reserva: todo lo que se oye en este Ejército es que la retirada es por demás irreflexiva.»

Y esta era tanto más de sentir, cuanto el vigor y el espíritu de las tropas inglesas era excelente, como lo probaron en los combates de Rueda, en el de Sahagun, en que tan brillantemente cargó Lord Paget con sus húsares, derrotando á los enemigos, en las escaramuzas cerca del Este, en Castro Gonzalo, donde cayó prisionero el general Lefévre y en tantos otros de esa desastrosa retirada en que el Ejército inglés, según frase de Arteche, se mostró sin embargo fiero león, cuya marcha es peligroso y hasta imprudente turbar, sin grandes precauciones, prueba de lo que haría dirigido por otro caudillo.....

Resuelto á todo, el día 24 de Diciembre de 1808 comenzó esta desastrosa retirada. El tan poco conocido parte del Marqués de la Romana, tema del hermoso discurso del nuevo Académico, pinta con los negros colores de la realidad los actos vandálicos á que se entregaron aquellas tropas. Su lectura causa tanta pena como indignación.

La voz del jefe que había perdido su fuerza moral no se oía y

para recobrarla no dudó en recurrir hasta el engaño, diciéndoles que su movimiento de retroceso no tenía otro objeto que situarse en posición favorable para combatir al enemigo, mas como al llegar á Astorga vieran que en lugar de detenerse se continuaba precipitadamente, se convencieron que no se retiraba sino que huía. ¿Y como no había de ser huída, si la retirada supone siempre un combate desgraciado y las tropas inglesas no se habían batido todavía?

¿Qué más que huída puede llamarse la de un Ejército, que siendo como era el más pesado de Europa, recorre en 48 horas las 25 leguas que separan á Lugo de Villafranca, que arroja por los precipicios del Vierzo la Caja del Ejército, que recogieron los franceses y que contenía más de 60.000 libras, y cuando los soldados borrachos caían en la nieve, perdiendo los partes que el general en jefe les entregaba? ¿Puede nadie suponer que estas tropas hubieran combatido en Elviña, si los barcos ingleses encargados de transportarlas, detenidos en Finisterre por vientos contrarios, hubieran llegado á la Coruña tres días antes, como estaba convenido?

Nadie puede creerlo. Lo que todos vemos con claridad meridiana es que Moore engañó á la Romana repetidas veces, que le dejó solo y abandonado á sus propias fuerzas, sin manifestarle donde se dirigía con las suyas; que comprometido á esperarlo en Astorga para combatir juntos, levanta el campo tan pronto aquél llega y le manifiesta que su resolución de marcha es irrevocable porque sus tropas necesitaban descanso..... Y, en efecto, descansados quedaron ellos y la tierra que recorrieron, víctima de los más vergonzosos sucesos, de las más tristes escenas..... Dígalo sino la ciudad de Villafranca, que más que una ciudad que recibía tropas amigas, parecía una ciudad tomada al asalto.

Autoridadas asesinadas, mujeres atropelladas, las casas y las obras públicas destruídas, y entre aquéllas, obras del mayor mérito histórico y artístico, como el palacio del Conde de Benavente, poblaciones incendiadas, servicios grandes son de nuestros amigos que debemos siempre agradecer y recordar.....

¡Cómo serían los desmanes que el mismo Napoleón, pasando por los lugares que recorrian las tropas británicas, decía en carta á su hermano el Rey José, estas palabras: «Los ingleses se han llevado todo, y por encima de esto han maltratado y apaleado á todo el mundo. No puede haber mejor calmante para España, que enviarla un ejército inglés!»

Estos son, sumariamente expuestos, los favores que los españoles debemos á Moore. Si aquellos buenos patriotas hubieran recordado que

este general enviado con 11.000 hombres, meses antes á Suecia, para defender esta nación contra Francia y Rusia, tuvo que ser arrestado por aquel Rey, por no seguir sus planes, tal vez no hubieran aceptado el nombramiento.

Su muerte en los campos de batalla fué heróica, más el sacrificio de su vida no fué ofrecido á la independencia española, sinó á la salvación de su ejército y en rescate de su honor. El juicio que como caudillo nos merece á nosotros los españoles, no puede serle favorable. Los riesgos y responsabilidades que su cargo le imponian no supo afrontarlos y en la retirada, piedra de toque del carácter militar, ni él ni sus soldados demostraron aquella resignación, serenidad y celo que constituyen la base de todo Ejército digno de este nombre.

* * *

No olvidemos nunca la lección que se desprende de los sucesos relatados. Ellos nos enseñarán que España, para defender sus intereses, nunca debe contar más que con sus propias fuerzas. Ni necesitamos de recurrir á las ajenas. Además de pagar la comisión con verdadera usura, no quedaremos servidos.

Como dice el autor del *Ideal Americano,* una nación indolente y tímida es presa fácil para los pueblos que posean virtudes guerreras. Para evitar este peligro restauremos en nuestro pueblo aquellas virtudes de virilidad y espíritu de sacrificio que no pueden ser compensadas ni por la instrucción, ni por la prosperidad material. Respetemos los derechos de todos los pueblos, pero procuremos tener una fuerza disciplinada y sólida, para obligar á que ellos respeten los que se nos deben. De este modo, mirando al porvenir y unidos todos, conviviendo en el noble sentimiento de la Pátria, fácil será alcanzar para ella nuevos lauros que añadir á su en tantos siglos gloriosa enseña.

No canso más vuestra atención, de la que bastante he abusado. Pídoos por ello mil perdones y termino expresando en nombre de esta Academia la satisfacción que ella experimenta al tener á su lado á un tan ilustre compañero, de cuyas prendas eminentes tanto se promete y al que en nombre de todos tengo el placer de abrazar.

He Dicho.

DE FOLK-LORE

SOLO DE GAITA

(Continuación)

Pero tornemos á la genuína y *enxebre* gaita de fístulas, que parece ser común patrimonio de la mayor parte de las naciones jaféticas y favorito de las célticas (1), conocida en Asiria y Babilonia, por los hebreos y fenicios, en la India, Persia y Arabia (2).

Puntualicemos que Kaulbach, al representar la dispersión de las gentes, pone en el grupo jafético un tañedor de gaita.

Anótese la objeción de Milá—y lo sigo ciegamente—de que los Indos no le han conocido ó la han olvidado, puesto que un reyezuelo de aquel pais mandó á Edimburgo, en el último tercio de la pasada centuria, por gaitas y gaiteros.

Reiteremos, una vez más, el comento del hebraista Viscasillas, de que los semitas tomaron la gaita del Asia Menor; y conste, por fin, el testimonio de Dezobry (3) al aseverar que en Irlanda y Escocia, según antiguos poetas (?), ya en el siglo VIII la pristina gaita animaba á los guerreros (4), aunque Walter Scott la cree posterior al harpa entre los

(1) Milá y Fontanals, *Obras completas*, t. V. págs. 342, 43 y 44.

(2) Pedrell, *Organografía*, pág. 62.

(3) *Dicc. de Litt. et Arts.*

(4) Clement (*Hist. de la musique religieuse*) y Cesari (*Hist. de la música antigua*), refieren, respectivamente, que las amazonas guerreaban al són de las cornamusas y que los bascos usaban en las luchas la *tibia* y más tarde la gaita y el tamboril.

No cabe duda alguna que la cornamusa fué y es instrumento tradicional en varios regimientos ingleses y nacional entre los escoceses.

La conocida anécdota de la batalla de Quebec (1760) revela la influencia grande que en el espíritu militar de las tropas británas ejerció la gaita.

De la gallega, tenemos nosotros tradiciones similares, verídicas ó no, anacrónica alguna, como en otra ocasión intenté demostrarlo; pero baste ahora á mi intento citar la *Muiñeira del Puente Sampayo* y el llamado *Himno de los Literarios*, cuya tonada tuvo, á juicio de alguien no muy bien informado, eficacia notoria en la derrota de los Mariscales Ney y Soult.

Del aprecio que goza la gaita entre los soldados gallegos, no será preciso demostrarlo.

Como detalle interesante por las circunstancias en que se realizó, se recoge la información de Castro López (Buenos Aires, 25 de Julio de 1908) relativa al regalo de una gaita escocesa al Tercio de Voluntarios de Galicia que peleó en la defensa de los Quilmes (1807), en ei virreinato del Plata, contra el ejército invasor de Whitelocke.

«Dicha gaita se conservaba como trofeo adquirido de los ingleses, en el año anterior, y por considerarla casi como un instrumento provincial de Galicia».

highlandeses (1). De todas suertes, atengámonos al aforismo del publicista catalán, á saber, que entre los resabios célticos conservados por los antiguos *callaicos* puede contarse el uso favorito dela gaita (2), la *tibia utricularis* de los romanos; la *musa* ó *muse* nombrada en la lengua de *oc* y de *oil;* la *cornamusa* posterior de los franceses (3); la *piva* de los italianos, que suelen llamar *pifferarios* á los que la tañen; el *coruboud* de los armoricanos; el *bagpipe* y el *hornpipe* de los ingleses; el *sackpfeife*, *bockpfeife* y *dudelsack* de los alemanes; el *sach dels gemechs*, la *manxa borrega* y también la cornamusa de los catalanes, que alguna vez la llaman la *noya verda* (4).

Y se omite, por obvio, el calificativo de gallega con que en toda España se denomina la gaita.

——

¿Razones del uso persistente del apodo?

Quizá pudieran deducirse por la hegemonía de la lírica regional, del idioma gallego, por su preponderancia y difusión en todos los antiguos reinos de la Península.

Yo, en mi humildísima insignificancia, no puedo intentarlo; pero

---

(1) Refiere Smith *(The Scotish Minstrel,* t. I, pág. VIII del Prólogo), que los antiguos *minstrels*, *pipers and harpers*, pasaron de Escocia á Irlanda, y que, según el cronista irlandés Bromton, de tiempos de Henry II, el *choro* ó *chorus*, de antiquísimo origen, es la gaita de nuestros días.

(2) Algo más afirman otros autores, dando como cierto é indubitable el origen céltico, y tan antigua—dice alguno—como la *alborada* y *muiñeira* que ejecuta. (Vid. Inzenga, *Cantos y bailes populares de Galicia*, pág. 5; Verea y Aguiar, *Hist. de Galicia*, pág. 25; Vesteiro Torres, *Páginas sueltas*, pág. 42; Pérez Ballesteros, *Cancionero popular gallego*, t. I, pág. 29, y Barros Sivelo, *Antigüedades de Galicia*, págs. 66 y 70).

Nuestro Saralegui y Medina, en los *Estudios sobre la época céltica en Galicia*, 3.ª edición, páginas 218 y 19, robustece con su gran autoridad el primer aserto.

«Los celtas—escribe—según opinión de Chateaubriand, danzaban al són de una trompeta ó flauta, que es la misma gaita pastoril y cuyo origen galo parece incontestable. El inspirado autor de los *Mártires* pinta en la narración de Eudoro á un pastor celta que, sentado sobre las ruinas de una puerta secumana, oprimía bajo el brazo un pellejo henchido de viento, cuyos sonidos tenían cierto género de inexplicable dulzura».

Macé también sostiene que la gaita era el instrumento nacional de los galos; pero la rotunda afirmación de Melcior, *(Dicc. de la Música*, pág. 191), de que la gaita se inventó en Galicia, me parece tan difícil de probar como la que Milá y Fontanals insinúa del origen castellano.

(3) Supone Colomb que los franceses, en el siglo XVI, tomaron la cornamusa de los ingleses y de los piamonteses la gaita.

(4) *Revista histórica latina*, Barcelona, 7 de Julio de 1875.

sí divulgar, y repetir cien veces, que el arte trovadoresco penetró en Galicia antes que en Portugal, Cataluña y Castilla (1).

Toda cantada la poesía provenzal ó lemosina (2), tal vez las notaciones musicales de los Cancioneros, y sobre todo, de las *Cantigas*, revelarán, cuando se traduzcan, lo que la inducción presiente y con lógica inflexible reafirma el más común de todos los sentidos.



Un gaitero del país
(Apunte de N. Piñeiro)

Para mis fines, tan sólo importa observar que las melodías favoritas de la gaita se acomodan al movimiento del endecasílabo anapéstico,—con acento en la 4.ª y 7.ª sílabas, y aún es ventajoso en la primera—que no sin razón se ha designado alguna vez con el nombre del mismo instrumento (3), lo cual no es decir—termina Milá—que no convenga á otros metros, ya anapésticos, ya de diferente movimiento...

Y si el metro de *gaita gallega* ó de *muñeira* era rechazado por mal sonante en las *Leys d'amor*, y si no lo mencionan Cascales ni Rengifo, ¿qué importa ante la tradi-

(1) La prioridad de Galicia es un hecho incontrovertible, y la hegemonía de la lírica gallega duró cerca de tres siglos, del XIII al XV.

El aserto tal vez lo juzguen exagerado quienes someramente conozcan la historia de este antiguo Reino; mas los doctos, los versados en tan importante asunto, saben muy bien que Galicia fué la Provenza española, que nuestros juglares fueron á las córtes de Portugal y Castilla, y que el gusto provenzal fué asimismo importado á Cataluña.

(2) Braga, *Trovadores galecio-portuguezes*, págs. 76 y 77, afirma que *la poesía provenzal era exclusivamente cantada*. En el Códice de Ajuda,—agrega—se ven los intervalos en que se debía escribir la música de los versos «á maneira de solfa, como estavan na primeira copla da cantiga do mesmo modo que vêmos nas de Affonso ó Sabio.»

(3) El ilustre Costa, en su *Poesía popular española*, pág. 490, expone que, según Bartsch, trae abolengo céltico el verso de once sílabas, con cesura después de la 7.ª y 8ª

ción jamás interrumpida, que perdura en algunas tonadas populares, en villancicos catalanes y gallegos, y que fué cultivado, casual ó intencionadamente, por antiguos trovadores y modernos poetas?....

Se ensalza en el *Poema de Alfonso XI,*

la gaita que es sotil
Con que todos placer han,

y de hábiles ministriles de *cornamusas* y *musetas* nos informan la Crónica del reinado de Juan I, el libro de caballería *Tirant lo Blanch,* los inventarios instrumentales de Isabel la Católica y Felipe el Hermoso, y todavía *El Maestro y Melopeo,* de Cerone, nos ilustra en el extremo del diapasón de las cornamusas, gaitas ó *sordelinas,* que «no pasan de nueve voces como también las *dulçainas* sin claves (llaves) y con ellas once hasta doce (1)».

RAMÓN DE ARANA

(Concluirá).

---

aunque G. París y D' Arbois impugnan la doctrina, teniendo por insostenible la tésis del origen céltico de la vesificación románica en general.

El P. Sarmiento, en sus *Memorias,* n.º 515, asevera, que «de tantos tonos vulgares que hay en España, no hay ninguno que se acomode con la medida del endecasílabo».

El anapéstico refuta la negación del sabio benedictino.

De todas suertes, el párrafo que copio de Milá y Fontanals es exacto, porque en España el género de música llamado de *gaita gallega* tuvo gran popularidad. Así lo atestigua, por ejemplo, la conocida fábula de Samaniego, *El tordo flautista,* hábil dentirrostro,

que en la *gaita gallega*...
á Misón le llevaba mil ventajas,

y cuenta, lector, que nuestro Misón fué compositor notable.

Obsérvese también que por singular coincidencia se titula *musette,* en Francia, una composición en 6 por 8, de caracter alegre, pastoril, rústico, de ritmo y estructura melódica similares á los de la *muiñeira.* Bien conocidos son algunos de esos aires provenzales y bretones, así como las famosas *musettes* de Rameau y Bach.

(1) La gaita gallega hace su escala—dice Tafall en su citado estudio—dando los mismos sonidos que constituían la de los griegos, es decir, la de los exacordos, lo cual prueba el diatonismo de aquel instrumento.

Dicha gama es: *si-do-re mi-fa-sol-la-si^{b}-si-do,* sin el auxilio de tranquillas ni llaves. Con una de estas alcanza otra nota más, el *re* sobreagudo.

Análogamente, la *musette* sin llaves, ú óboe campestre, da la escala de *sol mayor: fa sostenido-sol-la-si-do-re-mi-fa sostenido-sol,* como puede verse en el *Mèthode de Musette sans clefs,* de Arnold.

Uno y otro instrumentos tienen ocho agujeros y dos *orejas,* ó aberturas en el pabellón. A los primeros se adaptan, respectivamente, los dedos pulgar, índice, medio y anular de la mano izquierda, y el índice, medio, anular y auricular de la derecha.

La descripción organográfica de la gaita puede verse, entre otros textos, en Colomb, *La Música,* págs. 135 á 38; en el *Dicc.,* de Montaner y Simón, t. V, págs. 1076 y 77 y en la pág. 57 de *Cantos y bailes populares de Galicia,* de Inzenga.

Superando á todas esas descripciones, se halla la de Pintos, castiza y genuinamente gallega.

La copio al pie de la letra del curioso é inédito *Breve Diccionario,* escrito en 1865, que se custodia en el Archivo de la Real Academia Gallega.

Dice así el vocabulario:

«La gaita gallega es un instrumento compuesto de un pellejo ó cuero de cabra ó de

NOTICIAS

OBRA NOTABLE

Acaba de publicarse la que lleva por título: *La Minería en Galicia*, (Lugo y la Coruña), por los ingenieros de Minas D. Ramón del Cueto y D. Antonio M.ª de Irimo. Damos las gracias á sus autores por el ejemplar que tuvieron la bondad de dedicarnos.

---

carnero con cuatro aberturas para otras tantas boquillas donde encajan los tubos por los cuales entra y sale el aire. El primer tubo, que es por donde se sopla para llenar el cuero, se llama *soprete;* el tubo mayor, se llama *ronco* ó *roncón* y sirve como de bajo, está colocado cerca del *soprete* y descansa sobre el hombro izquierdo del gaitero. Este tubo mayor se compone de tres piezas que forman el largo de una vara; la primera, se llama *prima;* la seguuda, *segundo tercio:* y la tercera, *copa;* las tres juntas se llaman *a vara do ronco.* De éste cuelga un fleco de varios colores que se llama *borla*, y *farrapo.* También de la mitad de la vara suele colgar una borlita que llaman *perilla.* Otro de los tubos cae debajo del lado izquierdo del gaitero, y se llama *ronquillo,* cuyo sonido es intermedio entre el bajo y el tiple ó puntero, con los cuales forma armonía. El tubo príncipal, que es como una especie de chirimía, cae debajo del *soprete* y lo maneja el gaitero con ambas manos. Este tubo se llama *punteiro*, y tiene en el extremo que encaja en el cuéro, (que llaman *fol*), una boquilla ó *palleta* como la de la chirimía, fagot, etc., á diferencia del *ronco* ó *ronquillo* que la tienen cilíndrica formada de cañutos delgados, con un corte que forma como una lengüeta para vibrar y causar el sonido correspondiente. Este cañuto se llama *pallón.* El soprete tiene interiormente una válvula que se llama *zapón,* la cual deja entrar el aire, pero impide su salida por el mismo sitio, y así es que al apretar el gaitero el cuero que tiene cogido con el brazo izquierdo, sale el aire comprimido por los otros tubos y forma esa música la más alegre y alborotada que puede causar instrumento alguno por sí sólo sin más acompañamiento. Las boquillas donde encajan dichos tubos se llaman *bocales* y por ser de boxe, *buxas* y *buxainas.* La gaita se viste por lo regular de paño azul con ribetes amarillos ó encarnados. Hailas también de palo de rosa forradas de terciopelo carmesí. Pero en lo que ponen más esmero los gaiteros es en el lujo de la *borla ó farrapo*».

Como adición á la copiada nota, he de apuntar que en Galicia se clasifican las gaitas por su tonalidad, en tres grupos: *tumbal* (en *si bemol*), *redonda* (en *do)* y *grileira* (en *re*).

Lo de tumbal, es lenguaje arcaico.

Gonzalo de Berceo, en el *Duelo de la Virgen,* dice:

> que no cantaban alto ni cantaban *tunval.*

En el Cancionero de Baena, se lee: *grant laud tunbal,*

> que tangan las trompetas ó los atabales
> e yo suba quintas en *boses tunbales.*

Esta observación que recojo de la *Organografía,* de Pedrell, concuerda con el concepto de que cantar *tumbal* era cantar bajo, hueco, etc.

El Arcipreste de Hita dice de si que tenía la *fabla tumbal.*

Valladares, en el mencionado *Dicc. gallego-castellano*, págs. 271 y 72, entiende por *gaita tumbal* la que también se denomina roncadora, la de dos bordones (ronco y ronquillo, *tónica y dominante,* respectivamente), y llama *grileira* á la chilladora, ó que carece de ronco pequeño.

De la gaita redonda nada puedo decir que justifique el por qué del apelativo.

Que otros más afortunados lo inquieran.

La Coruña.—Imprenta y fotograbado de Ferrer, Real, 61